HARLEQUIN®

Bianca®

EDICIÓN 25 ANIVERSARIO



Dinastía griega

Lynne Graham

Dinastía griega

Lynne Graham



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2006 Lynne Graham. Todos los derechos reservados.
DINASTÍA GRIEGA, Nº 1707 - 18.10.06
Título original: The Greek's Chosen Wife
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8182-1
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

INCRÉDULO, Nikolos Angelis miró a su padre. –No es verdad. No puede ser verdad. ¡Poseemos una de las empresas más grandes de Grecia!

Symeon, un hombre apuesto de sienes plateadas, no lucía su mejor aspecto. Su complexión era cetrina y profundas arrugas de cansancio marcaban su rostro.

–Asumí un riesgo y no dio resultado. De hecho, fue un desastre. La empresa está endeudada y el banco se está poniendo muy nervioso. Me hicieron hipotecar todo lo que poseemos pero aun así no están contentos. Si nos aprietan las tuercas ahora, ¡lo perderemos todo!

Nikolos no dijo nada. «¿Todo? ¿Hasta la casa de la familia?». Estaba tan enfadado, que no se atrevía a hablar. Su abuelo, Orestes, le había enseñado que un hombre debía anteponer por encima de todo el honor y la seguridad de su familia. En vida del anciano la fortuna familiar había estado en manos protectoras y seguras. Pero Symeon Angelis no trabajaba de esa manera. Aunque había cumplido ya los cincuenta, todavía estaba desesperado por probar que podía dirigir la empresa y hacer negocios con tanto éxito como el que había tenido su legendario padre. Sin embargo, había perdido millones persiguiendo transacciones de alto riesgo.

–Si te sirve de consuelo –balbuceó Symeon–, tenías razón con aquello de que el asunto Arnott era demasiado bueno para ser cierto.

Nikolos se giró, herido por la confesión.

–¿Hiciste la compra incluso aunque los hermanos Kutras te aconsejaron que lo evitaras?

Symeon Angelis dio un respingo y se dirigió a su primogénito con una mirada lastimera.

–Pensé que estaban intentando quedarse con el negocio para ellos.

Nikolos apretó los dientes en silencio sin mirar a su padre. Se avergonzaba del furioso desprecio que sentía por él. Symeon era un buen hombre, un buen padre y un buen marido. Era querido y respetado por todos, pero su inteligencia no era demasiado grande y como empresario era un desastre. Por otra parte, Nikolos había dedicado su tiempo libre cuando era adolescente a especular con acciones y fondos que le habían convertido en millonario incluso antes de acabar el colegio. Contemplar a su poco perspicaz padre sin poder hacer nada por sus tropiezos y estúpidos errores era, para Nikolos, el peor de los castigos.

–Seré franco contigo. Puede que estemos con el agua al cuello pero nos han ofrecido una vía de escape –le confió su padre con una cierta tensión–. La oferta vino de alguien inesperado. De hecho, me sorprendió… En cualquier caso, dije que no podía ser. Que no estaría bien…

Intentando controlar su impaciencia, Nikolos miró a su padre con el ceño fruncido.

–¿Qué es lo que no estaría bien?

–No puedo pedirte que hagas un sacrificio como ese a tu edad –dijo su padre evitando la mirada inquisidora de Nikolos–. Sólo tienes veintidós…

–¿Y qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

Symeon Angelis suspiró y su aliento sonó como un silbido.

–Theo Demakis se ha ofrecido a respaldarnos económicamente.

Nikolos estalló en una carcajada de incredulidad.

–¿Theo Demakis? ¿Estás tomándome el pelo? ¿Desde cuándo nos movemos en esos círculos?

–Parece que podemos movernos en esos círculos si queremos –murmuró Symeon.

–Demakis es tan frío como un cadáver –dijo Nikolos sin que las palabras de su padre causaran la menor impresión en su broncíneo rostro–. Si te encamas con él, amanecerás con un cuchillo clavado en las costillas.

–En otras circunstancias, esa hubiera sido también mi actitud. Pero Theo está ofreciendo más bien una unión familiar y no una simple transacción comercial.

Al oír estas palabras, Nikolos se quedó paralizado.

–No querrás decir lo que estoy pensando…

–Hay que considerar las circunstancias de Demakis –dijo su padre con sonrojo.

–Consideras mal.

–El único hijo que tuvo Theo murió hace unos diez años –insistió Symeon resistiéndose a las objeciones de su hijo–, va ahora por su tercera esposa y todavía no ha tenido otro hijo. Sólo tiene a su nieta inglesa. Quiere que Prudence se case con un muchacho griego de buena familia, lo cual no es sorprendente teniendo en cuenta que la chica es medio inglesa y, además, ilegítima. Demakis es un hombre chapado a la antigua y está ofreciendo un trato chapado a la antigua.

Incapaz de dar crédito a lo que estaba oyendo, Nikolos guardó silencio.

–Si te casaras con ella y tuvierais un niño, el mundo sería tuyo –Symeon respiró con gravedad–. Sí, también sería nuestra salvación, pero tú eres ambicioso y ella es como la gallina de los huevos de oro. Hablar de un acuerdo así en fríos términos monetarios es algo vulgar, pero es mi deber llamar tu atención sobre los obvios beneficios que conllevaría.

Nikolos cerró los ojos. Estaba disgustado porque su padre se hubiera rebajado a considerar un acuerdo como ése. ¿Prudence, a quien sus amigos habían dado

el apodo de Pudding por su amor hacia los pasteles de *baklava*, iba a ser su esposa? Sólo pensar en ello le enfurecía. Apenas la conocía, aunque en algunas ocasiones había intervenido al verla ignorada o insultada en eventos sociales. Su desconocimiento del griego y su naturaleza confiada hacían de ella un blanco fácil, puesto que independientemente de lo que le dijeran, ella sonreía y se comportaba de una manera agradable.

Su incapacidad de defenderse había enfurecido a Nikolos. Odiaba a los matones y habría hecho lo mismo por cualquier criatura desamparada demasiado estúpida para cuidar de sí misma en un mundo hostil. Pero, ¿habían sido sus triviales exhibiciones de buenos modales, esos actos menores de compasión por su parte, los responsables de esa esperpéntica proposición matrimonial? La sospecha hizo que las facciones de su severo rostro se endurecieran. Cuando él entraba en la misma habitación, ella se iluminaba como un árbol de Navidad. ¿Había decidido Prudence contarle a su adinerado padre lo mucho que le gustaba Nikolos Angelis?

–Papá… –la voz distraída de la hermana de Nikolos, Kosma, rompió el incómodo silencio a través de la ventana que daba a la terraza–. Sé que no debería haber estado escuchando pero, aunque me muera si nos volvemos pobres, no puedes pedirle a Nik que se case con la nieta de Theo Demakis. ¡Es una vaca gorda y vulgar como un cerdo!

–¿Cómo te atreves a esconderte detrás de la puerta para espiar una conversación privada? –la vergüenza provocó que Symeon Angelis respondiese con una ira que su consentida hija había rara vez presenciado–. Déjanos...

–Pero, ¡es cierto! –protestó la hermosa adolescente, marcando su territorio y desafiando la autoridad de su padre–. Nikolos tendría que ponerle una bolsa de papel en la cabeza para poder comer con ella en la misma mesa, por no hablar de otras cosas más personales. Es fea y él es tan guapo...

–Fuera –ordenó Nikolos a su hermana con una frialdad feroz.

Symeon contempló cómo su hija se retiraba con lágrimas en los ojos obedeciendo a la orden de su hermano mayor.

–Desde luego, nunca he visto a la chica –Symeon dejó escapar un suspiro de lamento–. Si está tan mal, puede que Kosma tenga razón. No te podría pedir que te cases con ella.

Nikolos contuvo una carcajada sardónica. Que esa fuera la única objeción que su padre interponía a tal proposición mercenaria decía mucho de su situación. Symeon Angelis luchaba contra la desesperación y estaba dispuesto a agarrarse a cualquier clavo ardiendo que le salvara de la ruina. Nikolos se preguntó si podía permitirse el lujo de dar un paso atrás y permitir que eso les ocurriera a su padre y a sus cuatro hermanos.

Y, sin embargo, a sus veintidós años de edad, sentía que la vida apenas había comenzado. No tenía nada de inocente, eso era cierto; aunque todavía estaba en la universidad ya había adquirido una reputación de mujeriego. Era verdad que ponía todo su empeño en ir detrás del placer. En cuanto a ese juego, apostaba alto, jugaba duro y rara vez dormía solo. No le iban las reglas de la fidelidad y del compromiso a largo plazo. Todavía no había encontrado una chica que no aceptara esas condiciones. Pero aún no se hacía a la idea de convertirse en esposo de alguien o, peor todavía, en el padre de alguien. De hecho, la idea de ser obligado a aceptar un compromiso como ése en beneficio de su familia, le llenaba de rabia y amargura. Pero también sabía que su abuelo, Orestes, habría dado su propia vida para proteger a sus seres cercanos más queridos…

–Me recuerdas a mi difunto hijo y a su madre –Theo Demakis estudió el rostro de su nieta con fría

indiferencia–. Tienes los mismos ojos de cachorro, la misma asustada sonrisa. No tienes agallas y la debilidad me desagrada.

–Si fuera débil, habría vuelto a casa el mismo día que llegué aquí –Prudence levantó la barbilla, sus ojos azules listos para la lucha mientras, bajo su blusa de algodón, el corazón le latía tan rápido de miedo que sintió náusea.

La antipatía de su abuelo le incomodaba de continuo. Hacía ya tres semanas que había llegado a su magnífica finca y cada día había sido un calvario. Había volado a Grecia con la inocente esperanza de intimar, e incluso querer, a ese abuelo que aún no conocía. En cambio, se había visto forzada a aceptar que era un hombre frío, malévolo, con una lengua viperina y carente de la menor pizca de afecto hacia ella.

–¿Me tomas por tonto? –Theo Demakis se rió al ver su intento de desafiarlo–. ¿Por qué crees que te invité a visitarme? ¡Has aceptado todo lo que te he ofrecido porque tu madre está dándole a la botella de nuevo y los acreedores la están esperando en la puerta trasera de su casa!

La decepción le quitó la máscara de compostura que estaba intentando mantener y Prudence no pudo sostener la despreciativa mirada de su abuelo por más tiempo. Avergonzada, dejó caer la cabeza y una cortina de cabello color castaño descendió sobre su redondeado rostro haciéndole aparentar los diecinueve años que, de hecho, tenía.

–¿Acaso no tengo razón? –se burló Theo.

–Sí… –el admitirlo casi hizo que Prudence se atragantara, puesto que le hubiera encantado poder decirle que estaba equivocado y que su madre, Trixie, se había desintoxicado y había dado un giro a su vida. Por desgracia, no era posible decir eso y la despreciativa satisfacción de su abuelo hacía que la humillación doliese aún más. Sospechaba que estaba felicitándose por su

clarividencia cuando, dos décadas antes, le sugirió a su hijo que abandonase a su embarazada novia.

–¡Menuda yegua ganadora eligió Apollo para tener a mi única nieta! Podría haber escogido entre las mejores herederas del mundo. Podría haberse traído una princesa para casarse con ella –Theo Demakis rugió–. Por aquel entonces yo ya era más rico que Midas y el dinero puede medirse con la sangre más noble. Pero mi hijo no tenía demasiadas luces, ¿no es así? Escogió una mujer que era una derrochadora, una lujuriosa y una prostituta…

Con el rostro en llamas, Prudence se irguió de improviso.

–¡No me quedaré aquí sentada mientras hablas de madre en ese tono!

–¿Qué otra opción tienes? Necesitas mi dinero para sacarla de sus líos.

Tras esa contundente afirmación, Prudence perdió el color de su rostro. Bajó la cabeza y, enfurecida, tragó saliva. Lentamente, se hundió de nuevo en su asiento. Había aprendido cuando era aún muy joven que la penuria y la dignidad rara vez van de la mano. En cualquier caso, Theo Demakis tenía razón y la verdad no era muy agradable de oír: necesitaba su dinero. Su madre estaba hasta el cuello de deudas, bebía demasiado y, en la actualidad, se enfrentaba a varias demandas por facturas impagadas. Pero Prudence estaba segura de que, si aliviaba a su madre del estrés de los problemas económicos, se la podía convencer de que ingresara de nuevo en una clínica de rehabilitación. Aunque fuera doloroso de aceptar, reflexionó Prudence con una sensación de vacío en el estómago, el dinero de Demakis podía marcar la diferencia en cuanto a las posibilidades de vida o muerte que tenía su madre. Años y años de abusos con el alcohol habían dañado seriamente la salud de Trixie.

–Te traje a Grecia sólo porque creo que puedes ser-

me de alguna utilidad –Theo dedicó a su nieta una mirada de impaciencia–. Será interesante comprobar si tienes el cerebro suficiente para reconocer un golpe de suerte cuando se te presenta delante de tus narices.

Prudence quedó asombrada por dicha afirmación.

–¿Qué piensas de Nikolos Angelis? –le preguntó Theo con una sonrisa irónica.

El desconcertante sonido de ese nombre hizo pedazos la compostura de Prudence. Totalmente sonrojada, apartó su atención de Theo sin percibir la gélida mueca que había en sus labios.

–Es… es amable –consiguió decir finalmente, retirando otras palabras más entusiastas que podrían haberla puesto en evidencia delante de su abuelo.

¿Cómo podía hablar libremente de Nikolos sin revelar lo profundos que eran sus sentimientos hacia él? Se había enamorado por primera vez en su vida, pero ése era su secreto y no tenía la menor intención de compartirlo con nadie. Después de todo, Nikolos tenía la oscura y peligrosa belleza de un ángel caído y ella era insignificante. Además, tenía sobrepeso. Era un amor sin esperanza y ella lo sabía.

–¿Cuál crees que sería la reacción de Nikolos si tuviera que enfrentarse a la pobreza? En ese momento, la familia Angelis está totalmente arruinada. Perderán sus casas, sus coches, tendrán que sacar a los hijos jóvenes de sus caros colegios y eso será tan sólo el principio de sus sufrimientos. Después de más de un siglo de riqueza y bienestar, sus padres encontrarán complicado el adaptarse a pérdidas tan grandes –Theo observó cómo la sorpresa y una inmediata simpatía florecían en los expresivos ojos de su nieta–. Pero tú tienes el poder de salvarlos de un destino tan triste.

–¿Cómo podría ayudarles? –exclamó Prudence, agitada por el retrato que su abuelo había pintado.

–Ayudándome a mí. Si accedes a casarte con el chico de Angelis, rescataré a su familia de la pobreza y

también me ocuparé de los pequeños problemas de tu madre. Seré muy generoso con todos ellos y, por regla general, no soy hombre generoso.

Prudence le devolvió la mirada con los ojos abiertos como platos. Mientras hablaba su abuelo, la boca de Prudence se había entreabierto unas cuantas veces como si quisiera empezar a hablar, pero en cada ocasión una cautela innata la había detenido.

–¿Yo… aceptar casarme con Nikolos Angelis? Pero, ¿cómo puede ser eso? Suena a cosa de locos… y no entiendo de qué manera eso podría ayudarte –dijo temblando.

–Hay método en mi locura –Theo vertió un poco de brandy en una copa de cristal–. Quiero un heredero varón, pero con la excepción de tu padre, mis esfuerzos en ese sentido no tan tenido ningún éxito hasta ahora. En cualquier caso, eres joven y tienes salud. Igual que el chico que los Angelis. Si la mitad de los rumores que circulan acerca de su virilidad son ciertos, estoy seguro de que no le llevará mucho tiempo llevar a cabo el objetivo que me he propuesto.

Su grosera risa sacó los colores del rostro agónico de su nieta.

–No puedo creer que me estés hablando de esta manera –protestó–. ¡Por lo que más quieras! Nikolos jamás se casaría conmigo… no me querría…

–No es cuestión de querer. Eso no importa en absoluto, ¿verdad? No eres ninguna belleza –señaló su abuelo con una despreocupada crueldad que hizo palidecer a Prudence–. Pero, créeme, teniendo en sus manos la posibilidad de elegir entre casarse contigo y ver cómo su preciada familia lo pierde todo, Nikolos Angelis te tomará sin duda como esposa…

–No… –musitó sintiendo un cierto malestar, con sus manos apretadas una contra la otra, puesto que estaba siendo humillada más allá de lo indecible.

–Lo hará. No es un idiota como su padre. Es fuerte

y leal hacia su familia. Y en cuanto a ti, tienes la sangre de los Demakis en tus venas y te estoy dando una oportunidad magnífica.

–No es así como lo veo… ¡Estás hablando de chantajear a Nikolos para que se case conmigo!

–Me desagradan las acusaciones injustificadas –Theo fijó en ella su mirada de acero–. No se trata de ningún chantaje –especificó con fría claridad–. Le estoy echando una mano a cambio de un pequeño favor. Puedes dar la espalda a mi generosidad si te place.

–Nunca haría eso. Por favor, ayuda a mi madre –le rogó desesperadamente.

–Tienes que aceptar que no me importa en absoluto si tu madre va a la cárcel o se mata con la bebida –afirmó Theo Demakis de forma seca–. Mira por la ventana…

Después de un momento de duda, Prudence se asomó para mirar hacia los pulcros jardines. Se preguntó qué era lo tenía ver precisamente ahora, con la cabeza agitada de tal modo que le impedía concentrarse. Al rato, reparó en un taxi que estaba esperando en la imponente puerta principal.

–Ese taxi está esperando para llevarte al aeropuerto.

Prudence estaba tan sorprendida por la noticia como él había esperado.

–Ahora… ¿quieres que me vaya?

–Tu equipaje ya está hecho. Si dices que no a la propuesta de matrimonio del chico de los Angelis, te mandaré de vuelta al Reino Unido inmediatamente y nunca más oirás hablar de mí. Decídete y hazlo rápido.

–¿No puedes ser un poco más razonable? –el pánico hizo presa de Prudence–. Es tan injusto que me lances esta proposición a la cara y que me pidas…

–Lo injusto es que no des la menor muestra de aprecio por el fabuloso futuro que estoy dispuesto a darte –Theo dio rienda suelta a una cruel carcajada de desa-

cuerdo–. Pero haz lo que quieras. ¡Corre de vuelta a las faldas de tu madre y verás lo agradecida que será contigo cuando sepa que podrías haberle dado una seguridad económica de por vida!

Prudence titubeó al escucharle, puesto que sabía que Trixie se consideraba merecedora de una recompensa así después de los sacrificios que había hecho como madre soltera. De hecho, se dio cuenta con claridad de lo que su abuelo estaba haciendo y reconoció la presión que estaba poniendo sobre ella. Se consideraba fuerte y resistente, pero la certeza de la fría e implacable malicia de su abuelo la asustaba y la llenaba de desesperación. Sabía que su abuelo iba en serio. A él no le importaba lo que fuera de ella y no le daría el dinero que necesitaba para ayudar a su madre a no ser que hiciese lo que decía.

–Es una locura –murmuró frenéticamente–. ¡Nikolos nunca aceptará casarse conmigo ni en un millón de años! Por amor de Dios, si está saliendo con Cassia Morikis…

–Así que está acostándose con la Morikis –Theo se encogió de hombros–. ¿Y qué tiene eso que ver?

–Creía que… que si la quiere… –Prudence parpadeó.

–¿Y qué si la quiere? Eso no tiene nada que ver contigo. Él decidirá entre las opciones que tiene. Es griego hasta la médula. Créeme, el honor de la familia y otras consideraciones prácticas y materiales serán de mucha mayor importancia para él que la zorra que ahora ocupa su cama.

Su sangre fría y su descuidado comentario acerca de la vida sexual de Nikolos turbaron a Prudence.

–¿Piensas tomar ese taxi hasta el aeropuerto? –preguntó Theo con impaciencia.

Prudence se quedó rígida. Nikolos Angelis nunca accedería a casarse con ella, pensó enfebrecidamente. Que ellos pudieran formar una pareja era una idea ridí-

cula. Cassia Morikis era una chica muy guapa: alta y esbelta como un junco, tenía una gloriosa cabellera de color rubio platino y unas delicadas facciones de muñeca. ¿Pero por qué estaba preocupándose por algo que era muy probable que nunca ocurriese? ¿Por qué se arriesgaba a exaltar a su abuelo con sus objeciones? Tenía que mantener las necesidades de su madre en el centro de su atención; Trixie había solicitado de ella su lealtad y su entrega filial. Con toda seguridad podía dejar a Nikolos la tarea de rechazar la propuesta de matrimonio. ¡Su abuelo a duras penas podría culparla por el rechazo de su futuro prometido!

–Dame una respuesta –le pidió Theo Demakis de forma llana.

–Está bien… Sí, me quedo.

–No lo dudé ni por un instante. Me conmovió el romántico fulgor que observé en tu rostro cuando mencioné el nombre del muchacho –al ver una punzada de vergüenza en los ojos de Prudence, su abuelo prorrumpió en carcajadas y bebió su copa de un solo trago–. Me siento como Eros, el dios del amor. Mi riqueza será tu dote y por lo menos te salvará de la humillación de ser una solterona de por vida.

Esa noche, Prudence no pudo dormir en su opulenta cama de invitados. La enorme villa estaba sumida en el silencio. Desde el momento en que había llegado a Grecia, ese mundo de lujo y privilegio tan ajeno a ella como el clima cálido, se había sentido como si estuviera viviendo en el sueño de otra persona. Sin embargo, no era un sueño agradable; era más bien como una pesadilla en la que todo, incluso la forma que tenía la gente de comportarse, le resultaba extraño. Había hecho todo lo posible por agradar a su abuelo, lo cual había implicado sobreponerse a su timidez natural para ir a los eventos sociales cuyas invitaciones él había aceptado en su nombre. Eirene, la hija adolescente de uno de los amigos de Theo, le había servido de acom-

pañante en todas esas dolorosas incursiones en la alta sociedad.

Prudence había destacado por su invisibilidad en aquellas exclusivas reuniones sociales. Eirene pertenecía a una élite de ricos y consentidos jóvenes que vestían a la última moda, se volvían locos por practicar juegos irresponsables en las fiestas y se comportaban como si el mundo fuera un aburrimiento. Prudence los había encontrado tontos y superficiales y las mujeres se habían comportado con ella como arpías. Una y otra vez, se había retirado tras su impertérrita sonrisa, sin atreverse nunca a contraatacar. Sabía que no se podía arriesgar a ofender a nadie, por miedo a que se quejaran a su abuelo. Ni una sola vez había olvidado que su objetivo principal tenía que ver con la desesperada situación de su madre.

Trixie Hill era una célebre modelo de pasarela cuando conoció a Apollo Demakis y se enamoró de él. El joven playboy griego la había cubierto de caros regalos y le había pedido matrimonio. Durante escasamente un año los padres de Prudence, amantes de las fiestas, habían recorrido el mundo en aviones privados saltando de una fiesta a otra. Confiando en que su amante pronto se convertiría en su marido, Trixie interrumpió su carrera. Pero cuando Trixie se quedó embarazada, Apollo Demakis cedió bajo la presión de su padre y se olvidó con rapidez de sus promesas. Trixie se negó a abortar y él la abandonó. Pero no antes de recordarle a la madre de su futura hija que no era virgen cuando lo había conocido y que, además, había adquirido una incómoda reputación por haber vivido abiertamente con él antes del matrimonio.

Recordando esos últimos insultos que su madre había tenido que soportar, los suaves labios de Prudence se torcieron en una mueca de disgusto. Aquel padre al que nunca había conocido había sido un hipócrita, un mentiroso y un canalla. Trixie había tenido que recurrir

a los tribunales para probar la paternidad de su hija y después de una larga batalla le habían concedido una lamentable pensión para el mantenimiento del bebé que, con frecuencia, el padre se había negado a pagar. ¿Era de extrañar que su madre hubiera empezado a beber demasiado? A los siete años, Prudence fue entregada temporalmente a unos padres adoptivos. Un periódico publicó una triste historia sobre la caída de Trixie y Apollo Demakis se sintió lo suficientemente avergonzado como para tomar medidas con el fin de asegurar que su ex novia y su hija no acabasen sin techo y viviendo de nuevo separadas. Se les proporcionó a Trixie y a Prudence una vieja granja en lo más profundo de la campiña inglesa. Si bien Trixie detestaba la vida rural, a Prudence le encantaba y frecuentemente tenía motivos para agradecer la seguridad que les proporcionaba el tener un techo que nadie podía arrebatarles.

Habiendo presenciado también las muchas y difíciles relaciones amorosas de su madre, Prudence guardaba muy pocas ilusiones acerca de los hombres. Si se había visto envuelta por un destello de romanticismo al pensar en Nikolos Angelis, sólo podía ser el resultado de una estúpida ensoñación. Después de todo, era muy consciente de que los cuentos de hadas no ocurrían en la vida real. Los hombres ricos se casaban con mujeres ricas. Si un hombre rico se casaba con una mujer pobre, ella debía tener, para equilibrar la balanza, alguna característica que la redimiese, como por ejemplo una belleza apabullante. Pero incluso en el infortunado caso de su madre, la belleza no había producido ningún milagro. Del mismo modo, los hombres atractivos tendían a casarse con mujeres atractivas y Nikolos estaba como para caerse de espaldas.

Las chicas de su grupo se amontonaban alrededor suyo, atendían la menor de sus palabras, tonteaban locamente con él, se peleaban por él; en definitiva, se comportaban como arpías. Estaba claro que él se daba

cuenta de su poderoso atractivo. Por supuesto, la admiración y la atención que provocaba habían hecho de él un consentido. Un camión repleto de hadas madrinas parecía haberle bendecido en el privilegiado momento de su nacimiento. Tan escasamente inmune a sus atractivos como las otras chicas, Prudence también se había visto impresionada por él. Al principio, había sentido una inocua fascinación por él, pero más tarde había visto algo que la había seducido con desespero. Se trataba de la testaruda galantería de Nikolos.

En más de una ocasión, Nikolos había llegado a su rescate cuando sus amigos decidían hacer de ella el objeto de su cruel sentido del humor. ¿Por qué? La acompañante de Prudence, Eirene, lamentaba tener que llevarla allá donde fuera ella. Su rencor era expresado mediante bromas desagradables y comentarios que iban dirigidos a su falta de atractivo, su peso, su ropa barata y su aparente estupidez. Los amigos de Eirene pronto recogieron el guante que ésta les tendía.

El que Nikolos Angelis fuese en su ayuda con rápidas puñaladas de ingenio para crear una distracción que alejase a sus enemigos era algo que a Prudence le había resultado sorprendente. Después de todo, la mayor parte del tiempo se comportaba como si ella fuera invisible y estuviera muy por debajo de él. Pero aquella desconcertante exhibición de instinto protector masculino la había conmovido profundamente. Nikolos podía ser odiosamente arrogante, despótico y presumido, pero también era la encarnación de la más descarada masculinidad. No podía creer que él quisiera aceptar aquel trato.

Al cabo de cuarenta y ocho horas, fue convocada al despacho de su abuelo y Prudence descubrió que estaba muy equivocada a ese respecto.

–Ven conmigo –las duras facciones de Theo lucían una nauseabunda expresión de triunfo–. Nikolos Angelis te está esperando en el estudio. Tuve una reunión